LA VISIÓN DEL MUNDO INDÍGENA DE JUAN DE TORQUEMADA EN LA *MONARQUÍA INDIANA*

JOSEFINA GARCÍA QUINTANA

ES DEL CONOCIMIENTO COMÚN QUE fray Juan de Torquemada transmitió en la *Monarquía indiana* una vasta imagen del complicado mundo indígena que abarca desde el pasado prehispánico hasta su propio tiempo. En su apreciación, de acuerdo con estos amplios límites, se ocupa, a lo largo de su obra, del pretérito del indio, aventurándose a veces hasta los tiempos más remotos; de la reacción de los naturales recién conquistados al enfrentarse a la cultura castellana, y de los descendientes, contemporáneos suyos, que habían conservado, por un lado, algunas de las características de sus abuelos, y perdido, por otro, sus instituciones a cambio de la adquisición de nuevos valores.

Contó para este empeño con buenos materiales de información. Abarcaban éstos desde las fuentes autóctonas, muchas de las cuales dice él haber tenido en su poder, hasta las prolijas obras manuscritas de sus antecesores franciscanos —que recibieron noticias de primera mano de los mismos sobrevivientes de la conquista— junto con aquellas de otros autores, no menos importantes, que utiliza y valora no obstante las duras críticas de que en ocasiones las hace objeto. Y, por supuesto, contó con su propio testimonio, ya que le cupo en suerte contemplar los restos de la antigua cultura, convivir con los naturales de quienes también acopió conocimientos, y apreciar, desde una perspectiva temporal adecuada, los entusiasmos, los avances y las desilusiones de la conquista y de la evangelización.

Pasando por encima del criterio ya superado, que consideraba a Torquemada un simple compilador y plagiario, es conveniente llamar la atención sobre el hecho de que muchas de sus opiniones acerca del indio, son en realidad apreciaciones ya consignadas en las obras que utilizó. Esto es evidente pero no concluyente para negarle toda

originalidad, pues ya sea conservándolos íntegros, suprimiendo, modificando o añadiendo, sus juicios no resultan carentes de un sello característico y personal en el contexto de toda obra. En última instancia, para los efectos de este trabajo, es válido tenerlos por suyos por el solo hecho de haberlos asentado,[1] y es en virtud de esta observación que tiene legitimidad hablar de la visión del mundo indígena de Juan de Torquemada.

Ha de entenderse, no obstante, que aun cuando el título de la obra parece prometer un panorama de todas las culturas americanas, esto no es así o por lo menos no en la misma proporción. Ya sea por las fuentes que pudo tener a su alcance, ya porque él mismo pasó casi toda su vida en la región central mesoamericana, el hecho es que fue en ésta donde más copia de informes hizo y por consiguiente es de ella de la que en mayor grado se ocupó en su *Monarquía.* Así se encuentran, en comparación, escasas menciones de grupos tan importantes como los mayas, los zapotecos, los mixtecas o, en otro ámbito, de los grupos de las regiones andinas. Las carencias en este sentido no son indicio de que les restara importancia, sino más bien, como ya se dijo, de que pudo contar menos información acerca de ellos por circunstancias que realmente sólo pueden quedar en el plano de las conjeturas. De cualquier manera, fue su intención dar un panorama extensivo del mundo indígena, pues si hubiera considerado importantes sólo a los grupos centrales de Mesoamérica, las alusiones a otros, aunque precarias, hubieran resultado ociosas y sin ningún sentido.

Ocúpase fray Juan en primer lugar del ser de los prehispánicos, de sus leyes, religión, moral, organización social, capacidades intelectuales, logros técnicos, habilidades artísticas, etcétera.

No procede indiscriminadamente agrupando a los componentes del ámbito prehispánico en una homogeneidad que no existía; por el contrario, adopta un criterio selectivo pues es indudable que en su concepto no eran lo mismo los toltecas que los chichimecas o los mexicanos que los indios de las islas. En sus juicios —positivos o negativos— toma en cuenta el grado de cultura al que habían llegado los diferentes grupos. Pero esto lo hace en una forma lógica y congruente con su propio pensamiento, imbuido de la idea de la intervención demoniaca en el Nuevo Mundo.

Así, le es posible decir que, si bien los isleños no tuvieron grandes logros culturales, en cambio eran más ingenuos y sencillos, lo cual los había mantenido en mayor resguardo contra los lazos y acechanzas del Demonio; pero tratándose de otros, como los mexicanos, aun-

[1] Una mayor precisión en este sentido podrá tenerse en el estudio que sobre las fuentes usadas en la *Monarquía indiana,* se incluye en este mismo libro.

que se expresa con gran admiración de sus instituciones, hace también resaltar con énfasis los vicios en los que habían caído: ferocidad, crueldad, idolatría, opresión sobre los indefensos y otros más, consecuencia todo de la mayor sujeción que el eterno enemigo de Dios hacía pesar sobre ellos. Por eso su apreciación es a veces desconcertante por ambivalente: los indígenas tienen grandes virtudes pero viven engañados por el Demonio y en ese sentido le resultan viciosos y hasta abominables.

Este desconcierto, a la verdad, puede ocurrir asimismo cuando salen al paso opiniones contradictorias, algunas de las cuales lo son, en rigor, más en apariencia que en realidad. Para entenderlas basta con no olvidar que Torquemada era un hombre que aún tenía raíces medievales y que, sin duda, usaba sus propias categorías occidentales para valorar el mundo indígena; no obstante lo cual en ocasiones causa asombro al adoptar criterios tan avanzados que hoy día podrían tener vigencia sin reparos de ninguna clase. Ejemplo de esto es el hecho de que, aun cuando usa abundantemente expresiones como "bárbaros infieles" al referirse a los indios, y no sólo a los chichimecas sino inclusive a los de más alto nivel cultural, dice que los de Nueva España encajan en el concepto "bárbaro", pero sólo en cuanto a su diferenciación étnica cultural, y de esta manera, añade, ellos podrían también llamar "bárbaros" a los españoles.[2] Empero pues, su raigambre medieval, Torquemada era más bien hombre de transición, con un pie en el pasado y otro ya en una época de innovaciones.

Por otra parte, el desconcierto producido por varios de los juicios, ésos sí evidentemente contradictorios en los que cae, podría explicarse hipotéticamente por la magnitud de la obra que escribió y la varia cantidad de fuentes que utilizó. Quizá —y tomando en cuenta que no redactó los veintiún libros en riguroso orden— cuando algo elogioso expresaba pudiera ser que no recordara que antes había ya emitido una opinión negativa a propósito del mismo asunto. Éste es el caso, por ejemplo, cuando se expresa acerca de la manera indígena de hacer historia. Por un lado dice que, como no tenían escritura propiamente dicha, sino pinturas, se apartaban frecuentemente de la verdad y su historia no resultaba congruente;[3] y por otro, elogia la forma que usaban para relatar los acontecimientos en la que, dice, procedían con buena razón;[4] tan buena, que su rueda de cincuenta y dos años era cosa digna de notarse pues en ella podían hallar con claridad el año, el mes, el día y la sustancia de algún suceso que qui-

[2] *Monarquía indiana*, lib. XIV, cap. XXVIII.
[3] *Op. cit.*, lib. I, cap. II.
[4] *Op. cit.*, lib. II, cap. XXXV.

sieran saber ya que asentaban todo lo que acontecía con gran inteligencia.[5] Dada la enormidad de la empresa de la *Monarquía indiana,* ¿acaso perdía Torquemada su propia perspectiva, o no tuvo tiempo para hacer una revisión más cuidadosa de la que indudablemente hizo antes de la impresión de su obra? Queden estas interrogantes en el plano de la hipótesis.

Y volviendo al hilo de las consideraciones arriba iniciadas, una vez que el autor ha escudriñado todos los recovecos del ser prehispánico, llega al momento de preguntarse qué ocurrió al indio con la conquista. Desde luego ésta trajo consigo consecuencias buenas y malas. Por principio de cuentas el indígena perdió su libertad, se encontró sujeto a gentes extrañas, fue esclavizado, agobiado con tributos y trabajos extremos, humillado y tratado poco menos que como bestia; pero, sobre todo, se vio privado de su cultura. Otras costumbres tan diferentes a las suyas propias; otro dios en sustitución de los que le habían amparado desde siempre; otra lengua en la que no podía ya expresar con la misma claridad de antes su peculiar pensamiento; un nuevo señor desconocido y lejano que enviaba crueles representantes; unos sacerdotes, buenos sí, y humildes, pero que le quitaban a sus hijos para enseñarles extrañas doctrinas ajenas a la tradición que había heredado de sus antepasados . . .

Todo esto no deja de conmover en cierto modo al franciscano quien lamenta que con la venida de los españoles y su contacto, el indígena haya adquirido vicios que anteriormente no tenía. Se duele del precario estado al que han quedado reducidos los antiguos dueños de la tierra, tan orgullosos y nobles. Toma conciencia de que hay muchas cosas del mundo prehispánico que valdría la pena se conservaran y que irremisiblemente quedarán enterradas para siempre. Pero he aquí nuevamente al cronista adversario irreconciliable del Demonio. Todo aquello antiguo, lo bueno, lo digno de ser ponderado, la equidad de los jueces, el valor de los guerreros, la castidad de los sacerdotes, la educación tan acertada que se daba a los niños, la magnificencia de los palacios, la generosidad de los señores, la religiosidad de los pobladores, todo no era sino engaño del Demonio, fachada de abominables pecados, deseos de este enemigo del género humano de imitar al dios verdadero y de impedir que la luz del evangelio penetrara en las mentes de los miserables indios sujetos a la peor de las esclavitudes. Por eso Dios quiso y permitió que fueran conquistados para arrebatar así al usurpador el campo de almas que en rigor pertenecía a él desde los principios del mundo. Era llegado el tiempo

[5] *Op. cit.,* lib. x, cap. xxxvi

de que estos sus súbditos fueran redimidos del pecado original y de todos los pecados en que habían caído por la astucia del Demonio, para incorporarse a Cristo y obtener en esa forma la salvación de sus almas.

No es posible dejar de percibir en esta justificación que Torquemada hace de la conquista y que ha podido parecer ilegítima a algunos, la visión universalista y humanista del autor. Puesto que Jesucristo murió para redimir a todos los hombres, puesto que la redención no excluía a ningún ser humano, el hecho de abrir la mente y el corazón de los indígenas, aun a costa de la pérdida de su libertad, a la gracia del dios verdadero, venía a ser, en fin de cuentas, su incorporación al plan divino de la salvación universal. Antes estos infieles eran hombres porque no carecieron del conocimiento de Dios, en cierta forma, pero ahora su humanidad era legítima porque ya había llegado hasta ellos el Dios único; ya estaban insertos pues, de manera absoluta, en el contexto universal de la creación, redención y salvación humanas.

Sin embargo, ¿qué es lo que ocurre pasados ya los años de la conquista y el asentamiento? Torquemada se adentra por último en la realidad de su época, saca conclusiones de su trato directo con el indígena, recurre a su propio testimonio.

Ya ha relatado antes los deslumbrantes alcances de los primeros misioneros, su optimismo, su abnegación, la mística que los acompañó durante la increíble empresa.

En un principio, dice, los indios acudieron gustosos a la evangelización; se mostraron mansos, dóciles y obedientes a los frailes. Pusieron a su servicio las virtudes de que no carecían; ayudaron a la erección de los conventos brindando la gran habilidad de constructores que desde antes tenían y la facilidad de que hicieron gala para aprender todo lo nuevo. Pronto se vio que eran diestros para el canto y para expresarse en castellano y aun en latín. Eran devotos y se mostraron dispuestos para aprender la nueva religión; veneraban a los santos y celebraban las fiestas con mucho amor. Como recibieron sin resistencia la ley evangélica, se trataba sin duda de gentes de razón y como tales aprendieron con facilidad a leer, escribir y cantar y aquellos que fueron elegidos para jueces y gobernadores lo hicieron mejor que otros como hombres que "leen, saben y entienden". Y su lenguaje, una vez que habían aprendido el castellano, era elegante y de tanto primor como en su antigüedad usaban.

No todos, asienta, observaron esa conducta. Los bárbaros chichimecas se resistieron y resisten aún a ser cristianizados, como gente

más sanguinaria, feroz y bestial que siempre han sido.[6] La visión final de Torquemada acerca de la conversión del indígena no resulta tan ideal como en los primeros años. Ahora, él que los ha tratado, se ha convencido de que su entusiasmo inicial ha menguado. Se han tornado viciosos y son tan torpes y pesados que con frecuencia logran sacar de juicio al más prudente. Llega su decepción a tal grado que, en resumen, no tiene reparo en decir:

> ... no son buenos para mandar ni regir, sino para ser mandados y regidos en estos tiempos de su cristianismo. Porque cuanto tienen de humildad y sujeción en este estado, como habemos pintado, tanto más se engreirían si se vieran en lugar alto. Y así quiero decir que no son para maestros, sino para discípulos, ni para prelados, sino para súbditos ...[7]

Con todo, al hacer una recapitulación de todos los juicios que Torquemada expresa acerca del indígena —antiguo o contemporáneo— es fácil encontrar una abrumadora inclinación hacia lo positivo y una cierta justificación de lo negativo. Quizá la balanza, a fin de cuentas, se haya inclinado favorablemente debido a dos circunstancias principales.

Por una parte, su obra, en el fondo, no era sólo una relación circunscrita a un asunto determinado y de escasa amplitud; se trataba de la monarquía española dentro de la cual estaba comprendida la indiana. Realzar ésta significaba engrandecer los hechos de los conquistadores, de Cortés principalmente, considerando como el nuevo Moisés, y de los primeros misioneros que llegaron como doce nuevos apóstoles a difundir la fe de Cristo.

Por otra parte, cuando Torquemada escribía los veintiún libros, se atravesaba por años de crisis y desilusión, sobre todo respecto a los resultados de la labor evangélica. Aunque no era la etapa primera de la apología del indio, fray Juan lo pondera mucho al mismo tiempo que encarece el ardor de los primeros frailes. Esto contribuiría quizá a superar la crisis y a dar ánimo a los religiosos y, más que nada, a incitarlos a un mayor celo apostólico. Era tanto como decir: he aquí un mundo todavía no perdido a pesar de las debilidades de los hombres y de los desmayos y vicisitudes del adoctrinamiento, puesto que hay aún mucho que aprovechar. El mensaje iba dirigido, sin duda, especialmente a sus correligionarios en una época de disen-

[6] Respecto a los chichimecas, Torquemada considera negativamente a los grupos así llamados en la época de la expansión de los españoles hacia el norte, pero no a los antiguos o primitivos chichimecas que le merecen mejor juicio, como más adelante se podrá constatar.

[7] *Op. cit.*, lib. XVII, cap. XIII.

siones y discordias entre los diversos componentes de la sociedad colonial, entre clérigos y frailes principalmente.

Este inclinarse de manera tan pródiga a exaltar lo positivo con el propósito de alentar la continuación del trabajo evangelizador, explicaría, en cierto modo, que las apreciaciones de Torquemada sobre el mundo indígena se refieran con dilección a los aspectos moral, religioso, intelectual, político y social; ya que le parecieran los que más había desarrollado el indio en su calidad de ser racional, ya que considerara el entendimiento de ellos de mayor provecho para los fines que se había señalado en la elaboración de su obra.

En conclusión, la idea del mundo americano que se forjó Juan de Torquemada es muy digna de ser tomada en cuenta en vista del conocimiento que aporta, gracias a la amplitud que la caracteriza en el tiempo y a la forma tan plausible en que el autor supo en ella apreciar al indio bajo todos los aspectos posibles. Las carencias, lagunas o contradicciones que se le puedan atribuir no restan méritos a su labor, pues con todo, su visión no sólo pone al lector en contacto con ese ámbito indígena, tan poco fácil de comprender, sino que además, a través de ella es posible conocer el pensamiento y los aconteceres de lo que se intentaría llamar, con reservas, "la política indigenista" de la primera etapa en la vida colonial de México.

No dedicó, como hicieron otros cronistas, ninguna parte fundamental de su obra al examen físico de la tierra, al clima, la flora o la fauna de la región en que le tocó vivir; sus opiniones a este respecto son pocas y aisladas. Le preocupó dar una amplia explicación cosmográfica del Nuevo Mundo, pero no particularizó las características de ningún contorno en especial, Lo mismo acontece en relación a la descripción física de los individuos de quienes sólo hace alusiones esporádicas. Así por ejemplo, dice de los indios de Guatemala que eran gente más robusta que la mexicana; o que las mujeres de Jalisco y Tonalá eran hermosas y bien dispuestas.[8] En virtud de la escasez de observaciones de este tipo, no se ha dedicado a ello en este trabajo más de lo que queda dicho. De esta manera el intento ha sido solamente reconstruir el mundo indígena según la imagen que de él tuvo Torquemada a través de los aspectos principales ya mencionados arriba.

Naturalmente, los juicios todos fueron tomados de aquí y de allá a lo largo de los veintiún libros. No aparecen en la obra con el orden que aquí llevan, ni agrupados específicamente. El método que se siguió ha tenido por exclusivo objeto dar al lector un resumen más o

[8] *Op. cit.*, lib. III, caps. XXXII y XLIII.

menos completo pero no exhaustivo del tema, con la mayor veracidad y objetividad posibles.

De la religión y religiosidad

Cinco de los veintiún libros dedicó Torquemada al asunto religioso del mundo prehispánico y en ellos examina, en este orden, los dioses, los sacrificios, los templos, los sacerdotes y las fiestas.[9] No es factible reproducir en estas líneas, así fuera en sinopsis, todo lo que el cronista describe en esos extensos libros, por eso sólo se han entresacado de ellos sus opiniones más relevantes acerca de lo que constituía la religión y las manifestaciones religiosas de los indígenas en su antigüedad.

Éste es el aspecto más peligroso que trata fray Juan en su obra, terreno resbaladizo que podía hacerle caer en herejías; por esta razón procede con mucho tiento y no se olvida nunca de dejar constancia de la pertinaz presencia del Demonio en el culto y ceremonias idolátricas de los indios. A tal exceso lleva esta precaución, que a veces resulta ya cantaleta aburrida encontrar lo demoniaco en todas sus descripciones. Es aquí donde en mayor grado se encuentra aquella ambivalencia de la que se hizo mención en los párrafos introductorios. Pero, abundando, introduce otro elemento que contribuye aún más al desconcierto, al proponerse explicar la causalidad de la idolatría.

Dice que los gentiles —y hay que dar por hecho que incluye entre ellos a los indios— cayeron en grandes y disparatados desatinos porque se apartaron de Dios y esto sucedió en razón de la infinidad de pecados que cometieron; de esta situación se aprovechó el Demonio pues halló la puerta por donde entrar al corazón de los pecadores para introducir en ellos su falsa adoración.[10] Torquemada presenta al Demonio como el usurpador por excelencia, como el que imita todo lo de Dios para hacerse pasar por tal y como el engañador antiquísimo que existe desde antes de la creación del hombre; de esto se concluye que siempre ha estado a la expectativa queriendo ganar la partida a Dios en cuanto éste se lo permita. Y así lo permitió, de hecho, con los infieles antiguos o con los del Nuevo Mundo, permisión concedida como castigo a los graves pecados que aquéllos habían cometido. El pecado pues, se castiga con un pecado mayor que es el de la idolatría, pero ¿quién hizo que los desdichados infieles pecaran

[9] *Op. cit.*, lib. VI–X.
[10] *Op. cit.*, lib. VI, prólogo.

para ser así sancionados? O sea, este desconcierto es el resultado de la poca claridad con que Torquemada maneja los dos argumentos, el de la intervención demoniaca y el de la idolatría como castigo de otros pecados. En pocas palabras, no se sabe bien si estas gentes adoradoras del Demonio no pudieron conocer al verdadero Dios, porque fueron vilmente engañadas por aquel que les hizo creer que él lo era, o si estando a punto de encontrarlo, cometieron tantos pecados que Dios los castigó con otro más grave ofuscando su entendimiento y permitiendo que cayeran en la falsa adoración del Demonio.

Difícil es desenmarañar esta madeja, que seguramente contempla en el trasfondo la idea del libre albedrío, pero lo que sí resulta evidente es que Torquemada apeló cuanto pudo a esas dos explicaciones para salir sano y salvo de las arenas movedizas de asunto tan peligroso.

Una cosa hay que dejar bien sentada, consecuente con el segundo argumento, y es que a mayor simplicidad correspondía mayor inocencia y por tanto menor idolatría. En ese sentido los isleños y los chichimecas primitivos, verbigracia, estaban más a salvo de las garras del Demonio. De los primeros dice que su religión era muy simple, con una especie de idolatría pero sin templos suntuosos. Sus ídolos eran escasos y pocas las ceremonias exteriores. Creían en un solo dios inmortal e invisible que no había tenido principio y que habitaba en los cielos; pero los ministros del Demonio se encargaron de hacerles caer en errores ofuscándoles la razón natural, de lo cual les vino la peregrina idea de que dios tenía madre.[11] Los otros, los chichimecas, no usaron sacrificar ni hombres ni animales pues no les parecía ofrecer carne a quien sabían que no la comía, sino que ofrecían flores y humos y, cuando lo aprendieron de otras naciones, sacrificaron también animalejos. La ausencia de crueldad en sus ofrendas la atribuyó Torquemada a que no fueron muy cultores del Demonio. Por eso entre otros pueblos más civilizados las cadenas eran más fuertes y más ídolos tenían porque siendo incorpóreo y sin lengua quien los subyugaba, necesitaba de imágenes para darse a entender por medio de ellas. Y eran tan carnales que ésa fue la razón de que pensaran en lo material cuando imaginaban un lugar de placeres para los muertos en honor del sol, siendo que en el reino de la gloria, sólo con Dios basta para satisfacer a los bienaventurados.[12]

Entretejida con la interpretación de la vida religiosa, se encuentra en Torquemada la reafirmación de la racionalidad de los indios. El hecho ya de que tuvieran idea de dios, como cualquier gente del mundo, constituía para él garantía de que no eran bestias sin razón y

[11] *Op. cit.*, lib. VI, cap. XVII.
[12] *Op. cit.*, lib. VI, caps. XXVII y XXXVI; lib. VII, caps. XVII y XCVI.

que, aunque errados en el conocimiento, no lo estaban en la manera de buscarlo, pues eran lo suficientemente inteligentes como para construir sus templos hacia donde sale el sol, porque es al oriente hacia donde más se ha buscado a la divinidad tanto entre gentiles como entre cristianos.[13]

De la comparación con los romanos los indios salen sin duda mejor parados, pues tenían más juicio que ellos ya que pusieron lo divino en cosas espirituales y no en hombres mortales y pecadores, y, además, la relación entre dioses y diosas no la concibieron tan grosera como los gentiles. Tuvieron de la misma manera dioses selectos, semidioses y de las cosas, pero no se les ocurrió, como en el caso de la diosa Venus, ser tan aturdidos que consideraran a Tlazolteótl diosa de sus torpezas, sino que antes bien propiciaban de ella el perdón de sus pecados carnales. En sus fiestas religiosas, aunque extravagantes, eran también superiores dado que no las celebraban con deshonestidades y desenfrenos como acontecía entre los gentiles. Sin embargo, claro, en ambos el culto era idolátrico y estaban seducidos por el Demonio.[14]

Realmente es difícil escapar a la malla demoniaca que Torquemada antepone a cualquier manifestación religiosa de los indígenas; difícil, pero no imposible si se observa en seguida la opinión que tenía de su religiosidad y devoción.

Los indios de Nueva España —pobres y miserables naturales de esta tierra que andaban en tinieblas— eran muy devotos, reconoce, y nada hacían sin contar con la ayuda de los dioses. Por ejemplo, los tlaxcaltecas, cuando comenzaban una guerra acostumbraban sacrificar diez niños de tres años y si no tenían fortuna, si no ganaban, echaban la culpa a que algo no había estado bien en el sacrificio, pero jamás dejaban de solicitar el concurso divino. Fue también la devoción la que les hizo ser suntuosos y magníficos en la construcción de sus templos.[15] Otras laudables costumbres tenían, y eran, entre otras, que sabían dar a Dios, aun cuando anduvieran errados en su conocimiento, los nombres que le correspondían como Tloque Nahuaque o Ipalnemohuani; y que al sol, por respeto, no lo invocaban por su nombre sino por su acción, igual que hicieron los hebreos con Dios.[16]

Por otra parte es lógico esperar que Torquemada, al referirse a los sacrificios humanos que tanto repugnaban a su cultura, se ensañe con el Demonio de nueva cuenta, y en verdad así lo hace. Pero con amplio espíritu trata si no de justificarlos, sí de explicarlos, pues dice, en

[13] *Op. cit.*, lib. VI, prólogo; lib. VIII, cap. V.
[14] *Op. cit.*, lib. VI, caps. XV, XXIII y XXXII; lib. X, cap. IX.
[15] *Op. cit.*, lib. IV, cap. XL; lib. VI, cap. XXVII.
[16] *Op. cit.*, lib. VI, caps. VIII y XXIV.

primer lugar, que no los hacían por voluntad sino por miedo a quien los tenía amenazados de destrucción si no le obedecían, y en segundo término, que cuando ofrecían sacrificios a sus dioses no lo hacían como quiera sino por causas y razones; como decir que eran propiciatorios y no simplemente por crueldad. La carne de hombre que comían, sigue, no la comían porque sí, sino que había de ser de la sacrificada. Parece como si en este caso tuviera en mente el misterio cristiano de la Eucaristía, pero expresarlo hubiera sido sacrílego de su parte.[17]

Algunas cosas encuentra semejantes a las cristianas, como la de dar agua bendita a los niños enfermos para que sanasen:

> Esta agua [la de Ixtlilton] tenían estos sacerdotes de respeto en este templo, para darla de beber a todos los niños enfermitos, como nosotros los cristianos acostumbramos dar algunas aguas con particulares bendiciones, para que por aquel medio Dios se apiade de aquella necesidad . . .[18]

Pero también le faltó al cronista la perspicacia que utiliza en otros aspectos al tomar en cuenta diferencias culturales, como cuando dice que eran de poca reverencia para orar pues lo hacían en cuclillas igual que para conversar o descansar.

Mucho parece haber quedado sin glosar respecto a la religión prehispánica, y así es, en efecto, dada la extensión del tema; pero por otro lado, algo más se dirá en la parte correspondiente a las virtudes y vicios, como es el caso de la vida ejemplar, por todos conceptos, que llevaban los sacerdotes y las mujeres consagradas a los templos; o las penitencias y oraciones que acostumbraban hacer los señores cuando se preparaban para recibir sus cargos y dignidades.

No obstante lo constreñido que haya resultado el desarrollo de tema tan importante, tiene los suficientes elementos para proporcionar una idea más o menos esencial de la opinión de fray Juan acerca del mismo.

Poco hay en la obra de Torquemada, como es fácil suponer en cuanto a la vida religiosa de los naturales en el tiempo ya de su cristianismo, pues bien sabía el franciscano que los frutos de la evangelización no habían sido tantos ni tan maduros como se esperaron. En los párrafos tocantes a la moral se podrá constatar este fenómeno.

Al principio, es verdad, los indígenas eran devotos y reverenciaban a los ministros de Dios y se arrodillaban para orar, a pesar de que no lo habían acostumbrado en su gentilidad. Iban a la religión cris-

[17] *Op. cit.*, lib. II, cap. LXXXVIII; lib. VII, cap. VII.
[18] *Op. cit.*, lib. VI, cap. XXIX.

tiana porque "no hay violencias de malos tratamientos ni temores de muertes y cortamientos de miembros". Se confesaban mejor que los españoles y realmente la sincera devoción de los indios representó un triunfo y una compensación para la Iglesia de las pérdidas que había sufrido a causa de Lutero.[19]

Desgraciadamente en estos tiempos, dice Torquemada, la devoción a los santos y el entusiasmo de los indígenas hacia el cristianismo ha venido a menos y es muy de lamentar. Pero en esto tienen mucha culpa los españoles, pues los indios están ahora oprimidos y cansados con los trabajos y cosas con que los afligen. Y encima, está el mal ejemplo que aquéllos les dan con su falta de religiosidad; pues estos míseros naturales, con todo y la ceguera e idolatría en que estaban por causa del Demonio, eran más devotos que lo son ahora los cristianos en su propia religión.[20]

De las virtudes y vicios y de la vida de relación

Es en este aspecto del mundo indígena donde fray Juan puso el mayor empeño para hacer patente y enaltecer la bondad de los indios, porque, como se verá, eran en su concepto muchas las virtudes dignas de encomio y excusables o explicables los vicios que aquéllos tenían en su antigüedad y en el tiempo en que de ello escribía. Sus propias palabras nos muestran el criterio que tuvo en general acerca de esto:

> Algunos de los nuestros sabiendo de éstos indios, que de ordinario veían semejantes visiones y apariciones, atribuyéndolo a su maldad, por hacer escarnio de ellos, decían y han dicho ser gente perversa y mala y no poder ser buenos los que tanta comunicación han tenido con el Demonio; y como los que esto han dicho y dicen, son los populares y gente simple e indocta, quiero que sepan ser este uso muy acostumbrado del Demonio con todas o las más naciones del mundo . . . apareciéndoles de ordinario y a cada paso en los templos, y éstos eran los oráculos . . . porque por esta vía e industria los tenía más de cierto por suyos . . .[21]

El párrafo anterior es muy ilustrativo de la forma de pensar de Torquemada, hombre de transición. Como ya quedó dicho, la religión de los indígenas, con tener muchas excelencias no era sino engaño del Demonio; pero esto no constituía un obstáculo para que pudieran ser buenos y en este sentido, la opinión del cronista acerca de la moral

[19] *Op. cit.*, lib. VI, caps. XXI y XLVI; lib. XVI, caps. V, XXI y XXII.
[20] *Op. cit.*, lib. X, cap. VII; lib. XVIII, cap. VII.
[21] *Op. cit.*, lib. IX, cap. IX.

y vida social de los prehispánicos es muy firme y no se deja atrapar en pareceres de gente indocta.

Para él las costumbres de los indios eran más honestas que las de los antiguos gentiles y esto podía ponerse de manifiesto en la clase de educación que daban a sus hijos, pues mientras los primeros tenían escuelas a los lados de los templos donde recibían enseñanzas llenas de virtud, los gentiles sólo enseñaban a los niños maldades abominables. El empeño que ponían los indígenas en el cuidado de sus hijos comenzaba por la crianza, pues jamás daban a criarlos a otras mujeres o amas y ni siquiera los señores permitían esto a menos que la madre estuviera imposibilitada para hacerlo. A la verdad, fueron estos indios de las gentes que más amaron a sus hijos, hecho que explicaría la poligamia que acostumbraban y la multitud de hijos que tenían, comenta Torquemada. A todos ellos les ponían nombre conforme a la ocasión del acto o por algún acontecimiento señalado y, aunque esto ha sido costumbre de todas las gentes, es de notar cómo aquí no les faltó esta común habilidad.

Con ser grande el número de hijos que procreaban, todos recibían educación, primero en el hogar y posteriormente en las escuelas que para ello tenían. A los niños de Nueva España los educaban en forma semejante a la que usaban los antiguos persas; desde chicos los acostumbraban a sufrir fríos y trabajos y a ser frugales en el comer. Las faltas eran castigadas con rigor sin importar que fueran hijos o hijas de nobles. Producto de este interés general era que, a la postre, los indios tuvieran muy alto concepto de virtudes como la honestidad, honradez, pobreza voluntaria, frugalidad, mansedumbre y humildad, al mismo tiempo que exaltaban la valentía, el orgullo, el arrojo y la grandeza de corazón.

Estas buenas normas permeaban todos los estratos de la población, desde los más míseros habitantes como leñadores y labradores, hasta los más altos dirigentes de la república. Así, por ejemplo, los sacerdotes eran castísimos, honestos, mortificados y dignos, lo cual no puede decirse de todos los gentiles. Por estas razones eran muy estimados aun por los reyes y gozaban entre ellos de gran autoridad. Caso especialísimo fue el de los sacerdotes consagrados a la diosa Centéotl, los cuales llevaban vida tan santa que todas las gentes iban a visitarlos para encomendarles que rogaran a la diosa por la prosperidad de los pueblos y comunidades. A estos sacerdotes llegaban también a pedirles opinión los sumos pontífices sobre cosas secretas y asuntos difíciles. Y en cuanto a las mujeres dedicadas a los templos, debían ser vírgenes y castas y la falta a estas cualidades era castigada con la muerte. Las del Perú, en especial, podían ser consideradas como de

las más virtuosas que hubo en el mundo entre infieles. Otros casos de maravillosa bondad fueron los jueces mexicanos que guardaban la compostura y moderación necesarias a su cargo y no eran arrebatados ni precipitados, como lo exigía la justicia para que el reo no se sintiera cohibido en el alegato de su defensa. Y ¿qué decir de los propios señores? Cuando recibían sus oficios, se preparaban para ellos haciendo mucha penitencia y ejercitándose en la obediencia y la humildad, la paciencia y la pobreza y no acudían a sobornos y dádivas para la obtención de sus cargos.

De la práctica de estas virtudes no podía esperarse otra cosa que una vida de relación pacífica y civilizada entre los miembros de un mismo grupo.

De allí costumbres y prácticas tan loables como la alta estimación que brindaban a los embajadores y mensajeros a quienes agasajaban con lo mejor que tenían, suponiendo gravísima ofensa desairarlos o negarles hospitalidad. O bien el cuidado que ponían en el orden y limpieza de sus ciudades. Paradigma de esto era Tenochtitlan donde andaban mil hombres en las calles barriéndola y regándola y donde por las noches colocaban de trecho en trecho braseros de fuego para que mientras unos dormían otros velaran; en consecuencia siempre había, de día o de noche, quien tuviera y diera cuenta de todo lo que sucedía en la ciudad. Porque ante todo estaba el bien común y no el particular, consideración que entre los indios era norma inviolable.

Aprovecha Torquemada la oportunidad para poner como ejemplo el orden que los indios tenían para las elecciones y herencias de los señores, ante los príncipes y gentes que se precian de ser del pueblo de Dios.

Por supuesto, no todo era loable virtud y bondad entre los prehispánicos. Torquemada condena con horror costumbres crudelísimas como la de los naturales de Guatemala que arrojaban a la esclavitud a la mujer e hijos del sentenciado a muerte. Y entre los mexicanos, refiriéndose a Motecuhzoma a quien tanto pondera en otros aspectos, dice que era tontería de este rey creer que era más pecado el de las mujeres públicas que la sodomía, los sacrificios humanos, el comer la carne de los sacrificados, el oprimir a pueblos más débiles sin más razón que la de quitarles sus bienes y libertad.[22]

Esto último fue lo que les pasó a los indígenas con la llegada de los españoles, pero por permisión de Dios, ya que habían caído en grandes vicios de idolatría y en los engaños del Demonio. Con la

[22] *Op. cit.*, lib. IV, caps. XXXI, LI y LIII; lib. IX, caps. IX, XIII, XIV, XVI y XXIX; lib. XI, caps. XXVII y XXX; lib. XIII, caps. XIV, XXII, XXIV, XXVII y XXVIII; lib. XVI, caps. VIII y IX.

conquista, quienes en tan grandes errores estaban no obstante sus manifiestas virtudes, fueron derrotados, subyugados y privados de sus señoríos. Así Dios les concedió, al lado de la derrota temporal, la oportunidad de ser redimidos de sus graves pecados.

Al principio de esta nueva etapa, los indios mostraron docilidad y disposición para recibir la ley de Cristo. Grande era su entusiasmo al inicio de la conversión y las virtudes de su vida anterior no decrecieron de momento. Aunque, claro, no faltaron quienes se opusieran tenazmente a la nueva y verdadera luz por estar todavía muy atados por el Demonio. Éstos andaban por las calles y mercados anunciando los terribles desastres que sus dioses, irritados, harían caer sobre los que habían abandonado su culto. Azuzaban a sus seguidores para terminar con los que destruían y afrentaban a los ídolos. Por esto hubo, en consecuencia, muchas víctimas como aquellos niños que murieron a manos de los de Cuauhtinchan por llevar su devoción al grado de ir contra sus propios padres. Digna de valorarse es la actitud de Torquemada ante esta clase de hechos, pues explica el encono de los sacerdotes indígenas como una reacción natural en quien ha sido ofendido en sus más íntimas creencias.[23]

Desafortunadamente ya en los tiempos en que el cronista escribía su obra, tiene que lamentar la disminución del entusiasmo inicial de los indios por ser evangelizados. Ahora, dice, han caído en vicios que antes no tenían; se han vuelto mentirosos y dados a la embriaguez, a la pereza y al robo. Pero aun en estas circunstancias Torquemada sale en realidad en su defensa, pues achaca este enviciamiento al miedo que los indios tienen a los españoles y a la laxitud de las leyes actuales. Es indudable, continúa, que, aunque por naturaleza tendían a algunos de aquellos vicios, como era el emborracharse, se cuidaban bien de caer en ellos porque sus leyes eran más severas y éstas y el respeto que tenían a sus señores, les contenían.

Estas opiniones y excusas le merecían al franciscano los indígenas de la región central, no así los grupos nómadas que —indomables— daban aún mucha fatiga a los colonizadores y frailes. Ellos, los chichimecas, opina, carecen de virtudes, son bestiales y carniceros con torpes y depravadas costumbres. Piensa que aún siguen teniendo sus detestables prácticas de antropofagia y vampirismo y que, como crueles y feroces, no se rigen por razón ni viven en pueblos ni en comunidades, sino que "andan por los campos como brutos animales, sin edificar casas ni sembrar para coger . . ." De los fronterizos con las provincias de Jalisco y Michoacán se expresa de una manera muy

[23] *Op. cit.*, lib. XIII, cap. IV; lib. XV, cap. XXXIII.

dura ya que opina que son nómadas sin policía, de vida bestial y en alguna forma monstruos de la naturaleza; que no tienen ley ni religión y que son gente crudelísima, carniceros, ingratos, encarnizados homicidas, animales fieros, idólatras y salvajes.

Torquemada estuvo en Guadalajara cuando varios de estos chichimecas fueron apresados y sentenciados a la pena de muerte por haber quitado la vida a tres religiosos que estaban entre los indígenas de Guaynamota.[24] Esta experiencia debe de haber influido mucho en su extremadamente severa apreciación del "mundo chichimeca".

Empero, fray Juan no ve el mundo indígena contemporáneo con un cerrado pesimismo. Muchos, observa, han conservado sus antiguas costumbres y virtudes, como los de Yucatán que no mienten ni hurtan y son del todo confiables.

En general, y pese a su desencanto, dice de todos que son mansos, humildes, pacientes, perseverantes y generosos. Las mujeres y los niños, sobre todo, son almas a las que hay que ayudar y no tener en descuido. Aquéllas son admirables pues velan mucho por mantener su virginidad a pesar del acoso de que son objeto, débiles y abatidas como están.

Y los niños muestran tanta devoción, humildad, apego y obediencia a la religión cristiana, que son dignos de alabanza. Entre los donados de Michoacán, por ejemplo, hubo uno de tanta virtud, penitencia y razón, que entre los frailes se trató muy seriamente la posibilidad de hacerlo profeso, a pesar de los muchísimos impedimentos que había para que los naturales tuvieran acceso a la vida sacerdotal.

Ciertamente son todos, se expresa, almas tiernas y blandas como la cera y por esa razón no conviene que se les deje a la buena de Dios, sino que se hallen siempre bajo el amparo de su rey, pues de lo contrario seguirán sin tiempo ni gana para ocuparse de las cosas espirituales, tan miserables y agobiados que andan con trabajos y penas.

Nuevamente Torquemada reconviene a los españoles y dice que a pesar de lo que ha caído sobre estos pobres indios, como es la pérdida de la libertad y propiedades, bien podrían los cristianos, hombres y mujeres, tomar ejemplo de muchas cosas de estos bárbaros infieles; de las virtudes que tenían antes en su ceguedad y de las actuales en las que perseveran; ya que al contrario de los españoles que son fácilmente irritables, los indios son mansos, humildes, pacientes, enemigos de buscar querellas y, por encima de todo, perdonan las afrentas

[24] *Op. cit.*, lib. XXI, cap. X, Véase este episodio en el "Bosquejo biográfico de Torquemada" incluido en este mismo libro.

e injurias, gran virtud esta de la cual son pocos los cristianos viejos que pueden preciarse de poseerla.[25]

En conclusión, Torquemada elogia las antiguas normas de vida de los indígenas en forma bastante enfática, sobre todo cuando los pone de ejemplo ante los españoles; manifiesta los vicios en los que cayeron a raíz de la conquista y trata de explicar ese fenómeno; señala las virtudes que aún tienen y se muestra defensor y protector de esas "almas tiernas y blandas como la cera". Esta actitud parece no concordar con algunas desafortunadas acusaciones de que fue objeto, en el sentido de que golpeaba y maltrataba a los indios y no les pagaba nada por su trabajo cuando él era guardián de Tlatelolco. No es posible cerrar los ojos ante esta circunstancia, pero tampoco se puede olvidar que atribuye a aquéllos el mérito de la reconstrucción y fábrica del retablo. Cuando esto hace, no sólo se muestra agradecido con su trabajo físico, sino que, con verdadera grandeza de corazón, alaba sin reticencias sus capacidades artísticas; con lo cual su juicio resulta, a final de cuentas, positivo en grado sumo y propio más de un humanista que de un explotador del indígena.[26]

De los conocimientos, técnicas y expresiones artísticas

No muy airosos quedaron los indígenas con los juicios de Torquemada acerca de su loable pero demoniaca religión; sin embargo, es ya bastante que los haya considerado racionales por la sola circunstancia de haber creído en Dios, e inteligentes y de buen juicio por haberse fijado en las cosas espirituales y no en hombres como ellos para la concepción de sus divinidades.

Mas no pararon allí en el uso de sus capacidades intelectuales, sino que las desarrollaron más aún hasta alcanzar conocimientos, técnicas y medios de expresión artística tales, que fueron objeto de una sincera admiración por parte de los castellanos cuando éstos entraron en contacto con las culturas aborígenes.

Torquemada —como todos sus coterráneos— valora los adelantos indígenas con las categorías occidentales que le eran propias y acude constantemente a la comparación para ponderarlos; mas afortunadamente poco o nada inmiscuye al Demonio en este aspecto, sino que le concede valía por sí y sin escatimar méritos.

Los isleños, desde luego, eran para él gente simplísima y ruda, como ya quedó dicho; en estado de mayor inocencia y menos idólatras por

[25] *Op. cit.*, lib. v, cap. xxxv; lib. vi, cap. viii; lib. xiii, caps. xxix y xxx; lib. xiv, caps. xx, xxvi y xxix; lib. xv, cap. xlii; lib. xvi, cap. xxi; lib. xvii, cap. vii; lib. xviii, cap. v lib. xix, cap. xiii; lib. xx, caps. xxxi y xliv; lib. xxi, cap. iii.

[26] Véase este periodo de su vida en el "Bosquejo" mencionado.

consecuencia. Pero esta escasa idolatría, insiste el cronista, no era por virtud, sino por poco alcance y entendimiento. A pesar de esto cuando se refiere a las poblaciones y ciudades de esta simple gente, sus opiniones son altamente elogiosas. Los naturales de la Española e islas comarcanas y algunos de la Tierra Firme hacían sus casas de madera y paja en forma de campana tan altas y grandes que en cada una podían vivir diez o más vecinos. No las hacían como quiera, según la descripción de Torquemada, pues por dentro les ponían una cubierta hecha con bejucos, cortezas de árbol pintadas de negro unas, y desolladas otras de manera que quedaran blancas. Todo este material lo entretejían de tal forma que parecían pinturas y a algunas les echaban por fuera una paja fina y olorosa. Hubo una de estas admirables casas hechas por indios, que un español la vendió a otro por seiscientos castellanos o pesos de oro, cada uno de los cuales valía cuatrocientos maravedíes, lo cual prueba cuán bien construida y ornada estaba que llegó a valer tanto; y esto mismo, añade, se puede decir de todas las demás.[27]

Esta elocuente descripción no es nada, sin embargo, comparada con las que más adelante hace de las poblaciones de Nueva España, porque los naturales de ella eran más avisados y hábiles. Cuando Cortés entró en esta tierra y se encontró con los primeros habitantes, dice fray Juan, su primer pensamiento fue que siendo estos indios de tanto entendimiento y razón, no le parecía que fueran hechos esclavos como los de las islas.[28]

Es pues de los moradores de Nueva España de quienes Torquemada exaltará con los mejores calificativos los resultados de su habilidad e inteligencia y, aunque a veces los llama también gente de poca malicia y fáciles de engañar, lo hace más bien considerando esto como virtud y no como tontería. Porque, a la verdad, no recibían tan fácilmente cualquier ley que se les quisiera imponer, como muchos pensaron, sino que muchas cosas que en seguida aceptaron fue porque ya las creían ellos en su antigüedad y si en un principio pudieron parecer simples porque pensaron que los castellanos eran dioses o porque creyeron que hombre y caballo eran lo mismo, esto es fácil de explicar pues era la primera vez que veían hombres de esta naturaleza y bestias montadas. Respecto a esta imagen, recuerda, sucedió algo semejante en la antigüedad clásica y de allí nació la leyenda del centauro,[29] de manera que el hecho de que estos indios se confundieran no es prueba de falta de razón.

[27] *Op. cit.*, lib. III, cap. II; lib. VIII, cap. IX; lib. IX, cap. XXI.
[28] *Op. cit.*, lib. IV, prólogo.
[29] *Op. cit.*, lib. IV, cap. XXVI; lib. XV, cap. XIII; lib. XVII, cap. X.

Cierto que creían en algunas cosas inverosímiles como que el volcán era boca del infierno a donde los señores que tiranizaban iban a purgar sus pecados y luego de purgados llegaban a tierra de descanso; o que al entrar en la casa de una recién parida era bueno refregarse las rodillas porque esto fortificaba los huesos y los miembros del recién nacido, pero esto, dice Torquemada, es yerro que se les concede ya que en otros más graves incurrieron; algunos fueron causa de su derrota, como sucedió con los cholultecas que tenían fe en que cuando se descostraba el encalado del templo de Quetzalcóatl, por allí manaba agua; cuando esto sucedía mataban niños de tres años y mezclaban con la sangre la cal con que reparaban el daño; y así, creyendo en esta fábula, amenazaron a los españoles con descostrar todo el templo para que brotara agua y los anegara a todos.[30]

Dos opiniones en cuanto a creencias de los indios ilustran más sobre el pensamiento de Torquemada que sobre el de aquéllos. En una los compara con los españoles pues dice que como éstos, los indios sabían que los cometas significaban hambre, peste y guerra; y en la otra los tacha de poco entendimiento por creer que el sol tenía vida, siendo que es cosa muerta y parte del cielo y que fue Dios quien le dio la claridad y luz con que da vuelta al mundo.[31] Muy comprensibles son estas apreciaciones ya que el temor que inspiraban los cometas era cosa corriente en los años en que vivió fray Juan y aun en tiempos más recientes; por otra parte su geocentrismo no debe causar extrañeza en absoluto si se recuerda que en 1600 murió Giordano Bruno en la hoguera por sustentar públicamente ideas contrarias.

Pero dejando ya de lado esto que podría llamarse el aspecto supersticioso del pensamiento indígena, en el nivel de las especulaciones Torquemada concede que no andaban errados del todo. Tenían, por ejemplo, una idea aunque vaga e incompleta del origen del hombre al considerar a Cihuacóatl la primera mujer del mundo y madre del género humano. Siguiendo la etimología que del nombre da Sahagún, dice que Cihuacóatl quiere decir mujer culebra y también la mujer que paría dos hijos juntamente, por eso a los gemelos llamaban cocohua. Ahora bien, en el paraíso terrenal bíblico, la primera mujer fue engañada por la serpiente y después del pecado concibió y parió un hijo y una hija, Caín y Calmana, y en un segundo parto a Abel y Delbora, o sea, que igual que la diosa indígena, paría de dos en dos. Esta idea, aclara Torquemada, la tuvieron por tradición pero llegó a

[30] *Op. cit.*, lib. IV, caps. XXXVIII y XL; lib. XIII, cap. XXIII.
[31] *Op. cit.*, lib. II, cap. V; lib. XIII, cap. XLVIII.

ellos ya muy confusa pues no se refieren para nada al primer varón, padre del género humano.[32]

Mas, viniendo a hechos menos abstractos, el cronista reconoce la capacidad de los naturales para otras ciencias como la del cómputo del tiempo y la historia. Aun cuando ya se hizo referencia a la rueda calendárica, no está de más expresar su idea completa al respecto:

> Esta dicha rueda de cincuenta y dos años no sólo les servía para contar las fiestas de su calendario y año, sino también los libros, porque en ellas asentaban cualquier cosa que sucedía, con tal claridad que en muchos siglos se podía ver casi como escrita en un libro . . .[33]

Y relacionando más esta larga cuenta del tiempo que en su antigüedad llevaban, con la historia, añade que les bastaba consultarla para saber con exactitud la fecha en la que había ocurrido tal o cual suceso que desearan conocer:

> . . . como decir: entre tal y tal rey se dio batalla, murieron tantos, quedó vencedor fulano, hízose con los vencidos o vencedores de ésta o de esta manera, y otras cosas semejantes, que es harta declaración . . .[34]

Sin repetir lo que piensa de la manera que tenían los indios de hacer sus historias, ni las contradicciones en las que cae al valorarla, viene al caso recordar que no con mucho énfasis, pero sí claramente, Torquemada lamenta la pérdida de los que él llama "papeles de su historia", haya sido esta desaparición porque los propios indígenas los escondieron o porque los religiosos, entre ellos el obispo Zumárraga, los quemaron. De esos papeles, como todo estaba representado por figuras o caracteres, así hombres como animales, montes, árboles, piedras, aguas y otras cosas más, los frailes creyeron que eran cosas de idolatría y superstición y en ese supuesto quemaron todo cuanto pudieron allegar. Si no fuera, dice, por la diligencia que tuvieron algunos indios curiosos, en esconder parte de esos papeles e historias, no se sabría de ellos nada, ni aun la poca noticia que se ha podido tener.[35]

Y a propósito de historias y papeles Torquemada se muestra admirado del lenguaje y retórica que usaban y con sólidas razones pues él conocía la lengua náhuatl. En el libro II incluye un elocuente discurso de Nezahualpilli, pronunciado en ocasión del advenimiento de Mote-

[32] *Op. cit.*, lib. VI, cap. XXXI.
[33] *Op. cit.*, lib. X, cap. XXXVI.
[34] *Ibidem.*
[35] *Op. cit.*, lib. III, cap. VI.

cuhzoma al señorío mexicano y dice que lo pone "para que vean qué mal hablan de estos indios los que los tienen por bestias y se disuadan de tan conocido y pertinaz error . . ."[36] El cronista defiende y aprecia la cultura indígena interrumpiendo frecuentemente el hilo de su narración para enaltecer las bellas expresiones que tenían los naturales en todos los acontecimientos, domésticos o del estado. Cuando alude a los ya aculturizados que escribían sus historias en caracteres latinos, su opinión no puede ser mejor:

> . . . y después que supieron escribir algunos curiosos de ellos, las escribieron, las cuales tengo en mi poder y tengo tanta envidia al lenguaje y estilo con que están escritas, que me holgara saberlas traducir en castellano con la elegancia y gracia que en su lengua mexicana se dicen . . .[37]

En cuanto a la destreza y magnificencia que poseían para las artes e industrias, no es menos elogioso, sobre todo cuando se refiere a los toltecas. No se sabe de ellos, escribe, cuál fue su procedencia cuando llegaron a Tula guiados por su sacerdote Quetzalcóatl, pero allí y a donde quiera que iban eran muy bien recibidos.

> . . . porque era gente muy entendida y hábil, de grandes trazas e industrias y labraban oro y plata y eran muy grandes artífices de cualquier arte; eran grandes lapidarios, sobre extremo, así en estas cosas delicadas como en dar otras industrias para la sustentación humana y para labrar y romper tierras de suerte que por su buen gobierno y grandes industrias y habilidades tuvieron cabida con ellos y adonde quiera que llegaban los tenían y estimaban en mucho y hacían grande honra . . . que hicieron [luego] aquellos grandes y sumptuosísimos edificios romanos de Mixtlan[38] que ciertamente es edificio muy de ver, porque se arguye de aquellos hombres que lo obraron y edificaron, ser hombres de muy gran entendimiento y para mucho y de muy grandes fuerzas. Y así estas gentes . . . dieron industria de muchas cosas buenas para el uso de la vida humana de donde se toma derivación de llamarse artífices de cualquier primor y sutileza . . .

Por esta razón, dice, los naturales llaman tolteca al que es maestro en cualquier arte y a los hombres que tratan sus negocios con discreción, de tal suerte que la palabra viene a ser sinónimo de sabiduría.[39]

En general, Torquemada supo apreciar el arte indígena y la destreza de los artesanos. Los canteros, dice, eran grandes escultores en piedra y hacían obras de mucha curiosidad a pesar de no tener otros

[36] *Op. cit.*, lib. II, cap. LXVIII.
[37] *Op. cit.*, lib. IV, cap. XIII.
[38] Mitla, en el actual estado de Oaxaca
[39] *Op. cit.*, lib. III, cap. VII.

instrumentos para ello que guijarros y pedernales. Carpinteros y entalladores usaban instrumentos de cobre, y los lapidarios cierta arena con la cual labraban las piedras preciosas y hacían de ellas cuanto querían. Los plateros no tenían herramientas para labrar a martillo pero la técnica que usaban era bastante para aventajar a los plateros de España. Los alfareros, aunque no conocían el vidriado, hacían loza común para beber y comer de muy buena hechura, decorada y pintada con diversas figuras muy finas. Los oficiales del arte plumaria, sobre todo los de la Provincia de Michoacán, continúa, hacían labores como si pintaran con pinceles; con las plumas formaban figuras de hombres y animales y hacían con ello capas, vestiduras, coronas, rodelas, mosqueadores, etcétera. La maravilla de este arte consistía en que las plumas no estaban teñidas por la mano del hombre, sino que sus variados y vistosos colores eran naturales.

Sabían hacer ropas de algodón blancas, negras y pintadas, gruesas y delgadas; otras de pelo de conejo entretejido con hilo de algodón que resultaban suaves al tacto y abrigadoras. También curtían pieles de venados, leones y tigres; las adobaban con o sin pelo y les daban diversos colores, azules, amarillos, negros o colorados, y con tanta destreza que eran mejores que las de Castilla.

Se admira el cronista de la loza de Cholula que era tan hermosa como la de Florencia; de la forma e ingenio con que sabían hacer las navajas de obsidiana; de sus técnicas de cacería, pesca y construcción.

Los pintores sabían copiar muy bien de lo natural y en esto eran magníficos. A veces Torquemada no puede evitar que los cánones occidentales en cuanto a belleza influyan en sus juicios, pues a propósito de los dichos pintores dice que hacían retratos tan feos que parecían monstruos. Este mismo criterio utiliza cuando se refiere a la música, porque la que tocaban los indios era de poco deleite para los oídos de los españoles ya que usaban pocos instrumentos y no sabían de cantos concertados.[40]

Su admiración llega a lo insólito cuando describe las ciudades: las de Nueva España, las de sus alrededores y las de Yucatán, la Florida, Cibola y Perú, pues todas "eran de gran cantería que casi parecían fortalezas con edificios admirables". Reproduce en su relato el asombro de los conquistadores que iba creciendo a medida que se acercaban a Tenochtitlan; y es tal su entusiasmo que incluso pide paciencia al lector para que "oiga lo que dijere" pues parecía esto cosa no digna de crédito; pero en favor de lo que dice acude al testimonio de quie-

[40] *Op. cit.*, lib. II, cap. LXXXVIII; lib. III, caps. I, XIX y XXV; lib. XIII, cap. XXXIV; lib. XVII, cap. I.

nes lo vieron con sus propios ojos y las describieron luego en sus relaciones, las cuales fueron origen y principio de sus palabras.[41]

La primera gran ciudad que vieron los españoles fue Cempoala cuyas casas, edificios, templos, patios y torres eran tan aventajados cuanto se puede decir; eran de piedra o de adobe pero todas estaban encaladas, adornadas y tan hermosas que los españoles al verlas quedaron admirados y como fuera de sí:

> Eran labradas de cal y canto (como se ha dicho), blanqueadas con yeso de espejuelo, tan lucidas y limpias como se puede pintar; los suelos de los patios de los templos (y comúnmente de todas las casas, en especial las del señor principal y otros señores menores) tan limpios y resplandecientes que pudo engañar la luz de los nuestros, pensando que era oro y plata que venían a buscar . . .

Torquemada hace una viva y detallada descripción de Cholula exaltando su traza, arquitectura, paisaje, población, comercio, etcétera. Dice que se tiene por cierto y averiguado que había en esa ciudad tantos templos como días el año y en cada uno de ellos, una o dos torres muy altas siendo la más señalada la del templo mayor. Que viniendo de Tlaxcala producía gran recreación verla por estar tantorreada, almenada y cercada de vistosos y hermosos edificios. Sus calles, prosigue, fueron y son de las mejores que hay en el mundo.

Más adelante se refiere a la ciudad de Tetzcoco y la llama "populosa y magnífica ciudad que tenía ciento cuarenta mil casas" las cuales eran todas excelentes y de muy buen edificio. En particular, las de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli que tenían grandísimas salas y aposentos tan suntuosos que bien podían llevar el nombre de imperiales. Huertas con flores y yerbas odoríferas, piletas donde bebían pájaros de diversas especies, casas de madera labradas con mucho primor, y, en orden al gran amor que estos reyes tuvieron por las artes, existían también salas de congregación para que se juntaran en ellas los poetas, los músicos, los astrólogos, los historiadores y todos los artistas.

En lo que toca a Iztapalapa, la ciudad que estaba fundada en la laguna, tenía también grandes palacios con aposentos de cantería y de madera y hermosas vigas de cedro blanco muy bien labradas; jardines llenos de árboles y flores, estanques de agua dulce y una huerta muy extensa de árboles frutales.

Finalmente, compara la ciudad de México con Roma en sus orígenes y fundación. Como otra Venecia, dice, tenía sus casas en el agua y los indios gustaban de sembrar árboles de flores olorosas, cipreses,

[41] *Op. cit.*, lib. III, cap. II.

sabinos y sauces donde se criaban aves de diversas especies de cuyo canto disfrutaban. Tanta arboleda y frescura la hacían parecer como un paraíso. Las casas de Motecuhzoma colman su asombro: edificios hechos de cal y canto con las paredes salpicadas de muchas piedras preciosas; enmaderamientos de cedro blanco, palmas, cipreses y pinos, todos labrados y entallados muy finamente; la capilla donde oraba estaba toda chapada con planchas de oro y plata y adornada con esmeraldas, rubíes, topacios y otras piedras; obra grandiosísima y digna de tan gran señor, llama a los lugares donde este rey tenía animales en jaulas y aves de muchas clases.

El entusiasmo de Torquemada respecto a Tenochtitlan culmina cuando pide al lector que no lo tome por apasionado por lo que dice acerca de la grandeza de México, tanto en el tiempo de su gentilidad como en "este presente que la habitan y moran españoles", pues el amor que siente, no por considerarla su patria sino por haberse criado en ella, no lo mueve a decir patrañas sino verdades bien conocidas. En toda Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y comarca y tantos pueblos alrededor y tan bien situados, "y aun dudo, expresa, si hay alguna tan buena y tan opulenta cosa como Tenochtitlan y tan llena de gente . . ."[42]

La admiración que fray Juan manifiesta por las ciudades prehispánicas está influida evidentemente por la idea propia europea que él traía acerca de lo que debía ser una ciudad. Esto es muy claro sobre todo cuando se refiere a las casas de habitación, palacios y "casas de congregación" de los reyes tetzcocanos y de Motecuhzoma; pero también había realmente elementos suficientes que justifican su ponderación como es el caso de las casas de fieras que no eran conocidas en Europa.

Por otra parte su entusiasmo por la Tenochtitlan contemporánea no estaba bordado en el aire, pues aunque vinieron de España maestros de todas las artes que ayudaron en su edificación, también toma en cuenta la colaboración de los indígenas quienes ya en el tiempo de su cristianismo perfeccionaron sus antiguos oficios gracias a los nuevos instrumentos con que pudieron contar y además aprendieron otros, desconocidos hasta entonces, con mucha habilidad e ingenio.

Los pintores, ahora que han visto las imágenes de Flandes y España, dice, las reproducen fielmente, y los escultores son muy aventajados, al grado de que sus obras se tienen en más estima que las de algunos escultores españoles. En el arte de la plumaria los oficiales hacen imágenes y figuras con la misma perfección que usaron en su

[42] Descripción de las ciudades: *op. cit.*, lib. III, caps. V, XIX, XXI, XXII, XXVII y XXVIII.

gentilidad y lo que ha podido verse en Europa ha causado enorme asombro.

Respecto a los nuevos oficios que han aprendido como es el ser sastres, zapateros, carpinteros, herreros, tejedores y otros, lo han hecho con tan gran ventaja que los oficiales que vienen de España pensando que van a ser únicos y a vender cuanto y a como quieran, se han encontrado, comenta Torquemada, con que los indios, por su gran viveza e ingenio, en seguida imitan todo y todo lo reproducen y se las averiguan para saber los secretos del oficio por más que los españoles hacen para ocultárselos.[43]

En cuestiones más difíciles como es aprender a leer y a escribir, los indígenas tienen aptitud para ello y ahora hay muchos que saben castellano y latín, aunque esta lengua costó trabajo en los principios que la entendieran. Magníficos escribanos hay que conocen y saben ejecutar la letra chica, la grande, la quebrada y la gótica, y con tanta perfección que apenas puede distinguirse lo que copian del original que se les da. En cuanto a la música, Torquemada dice que han aprendido el canto llano y el de órgano con mucha facilidad y ellos mismos componen ya misas y villancicos tan bien concertados que los maestros cantores de España no creen que puedan ser hechos por indios. Lo mismo acontece con los instrumentos; ahora saben hacerlos y usarlos muy variados, como flautas, chirimías, vihuelas, cornetas, guitarras, harpas, monocordios y otros.[44]

Bastante más se podría seguir diciendo de la noble admiración que el franciscano siente por las capacidades artísticas e intelectuales de los indígenas. Lo expuesto es sólo un ejemplo que permite apreciar hasta qué punto el cronista exalta estos aspectos y cómo, al igual que cuando se refiere a sus virtudes morales, deja entrever el interés que quisiera que otros sintieran y estimaran para considerar a los naturales como seres racionales y valiosos que merecen esfuerzo y desvelos semejantes a los que tuvieron los primeros misioneros, con el fin de procurar no sólo la salvación de sus almas, sino también su bienestar temporal.

De la gobernación y leyes

Los juicios de Torquemada respecto al gobierno de los indígenas son elogiosos en su mayoría, incluso cuando hace comparaciones con el gobierno que tuvieron los antiguos gentiles; pero solamente se ocu-

[43] *Op. cit.*, lib. XVII, caps. I y II.
[44] *Ibidem*, cap. III.

pa de las leyes y política de los prehispánicos y no de las de los indios conquistados, lo cual es a todas luces lógico porque nada se puede decir de los que ya no tienen el gobierno y el poder en sus manos. Los valerosos señores ya no existen; su grandeza y hombría han perecido y ningún rastro queda de ellas, sepultadas bajo las ruinas de la otrora gran ciudad de Tenochtitlan.

Empero, para que quede constancia de la gloria de los antiguos y para que mejor pueda aquilatarse el valor de los castellanos y la magnificencia de la actual monarquía española, ¿qué mejor recurso que poner de relieve las altas virtudes políticas, de gobernación y justicia que tuvieron los indígenas en los tiempos de su infidelidad?

Porque, quizá los que gobernaban de lejos, allá en la Península, no tuvieran cabal visión de las cosas del Nuevo Mundo, ocupados como estaban en los asuntos europeos; pero los que vivían aquí, sobre todo los que de largo tiempo hacía, sabían muy bien que si los límites del imperio español se tocaban casi unos con otros, era gracias a la existencia de estas tierras, a la hazaña jamás superada de la conquista de la monarquía indiana. Por eso era necesario hablar de ella, de cuán grande había sido y del valor, la justicia y el gobierno de sus habitantes, hoy súbditos de la corona de España.

De allí el lenguaje que Torquemada utiliza en el tratado de estas instituciones prehispánicas. Resabios todavía en su pensamiento de las proezas de sus antepasados, se vale de categorías medievales que tienen para él un significado heroico y noble. Y así, usa términos como rey, emperador, ejército, caudillo, vasallos, desafío, cortes, fiestas, torneos, luchas de fieras, etcétera. Esta terminología, por otra parte, además de exaltar a los vencidos, haría más comprensible su obra para los posibles lectores de la misma, pues difícil hubiera sido para Torquemada darse a entender usando los vocablos nahuas que él conocía bien pero que carecían de significado para otros muchos.

La historia política de los prehispánicos le merece desde sus comienzos encomiosos calificativos. El hecho de que hubieran tenido gobierno le parece, por principio de cuentas, garantía de que eran hombres verdaderos y no bestias,[45] como a algunos les habría gustado.

Los toltecas, altos y bien dispuestos, dejaron huella de su grandeza en las ciudades que edificaron: Teotihuacan, Tula, Cholula y muchos otros pueblos. Poco belicosos, se inclinaron más a las artes y, civilizados, sedentarios y sociables, su excelencia estribó en que fueron portadores de cultura más que guerreros. Ellos trajeron el maíz, el algodón y las demás semillas y legumbres que luego conocieron pueblos posteriores. Vestían largas túnicas blancas y nadie los superó en el

[45] *Op. cit.*, lib. XI, cap. I.

labrado del oro y de las piedras preciosas. Eran gente de policía y con tratamiento y comunicación social.[46] Éstos fueron los primeros pobladores después de los gigantes.

En seguida se refiere a los antiguos chichimecas, a los de Xólotl. Aunque se puede constatar a lo largo de su obra que Torquemada sabe muy bien diferenciar a los chichimecas primitivos de los de su propio tiempo, cuando se refiere a los primeros no puede evitar caer en contradicción. Su idea respecto a este grupo y a su guía es, en general, grandiosa. Xólotl: gran señor universal al frente de numerosos hombres —su ejército— que en su ruta hacia el centro venían en orden, fundando pueblos y arando la tierra. Al final de su peregrinación hicieron alianza con los acolhuas, y las bodas de las hijas de Xólotl fueron celebradas con festividades suntuosas donde hubo luchas y torneos entre chichimecas y luchas de fieras; todo muy medieval. Pero cuando Torquemada describe la forma de vida de estas gentes, teniendo a la vista antiguas pinturas, seguramente, dice que no sabían vestir, que vivían desnudos con pieles de animales encima, que vagaban por la tierra sin cultivarla, solamente cazando y que no tenían pláticas ni conversaciones.[47] La evidencia gráfica de los testimonios indígenas explica esta contradicción, pues obliga al cronista a volver momentáneamente a la realidad y a bajar el tono de sus elogios.

Pero insiste, al referirse a algunos señoríos del centro de México, en comparar su estructura con la española que era, obviamente, la que él conocía. Por ejemplo, al ocuparse de los hijos de Chiconcuauhtli, yerno de Xólotl y señor de la Provincia de Xaltocan, dice:

> . . . murió [Chiconcuauhtli] dejando hijos que le heredasen, cuya muerte debió de ser tan acelerada y repentina que no dio lugar de poder dar noticia de ella al emperador su suegro y a otros señores para que se hallasen presentes; pero sabida por Xólotl, después de sentirla mucho, dio orden cómo encomendar el gobierno a persona tal, que lo rigiese hasta tanto que fuese sabido por sus nietos, hijos de Chiconcuauhtli, los cuales, en provincias distintas y apartadas, gozaban de señoríos por ser usanza de estas gentes, en aquellos tiempos, dar títulos y pueblos a los herederos de cuyo señorío denominasen; a la manera que en nuestra España, cuando a los duques de Medina les nacen los primogénitos y herederos, nacen con título de condes de Niebla y otros muchos de esta manera y modo . . .[48]

Más tarde abandona su idea de imperio y reduce las gobernaciones a señoríos —no cree, dice, que los reyes lo fueran de muchas provin-

[46] *Op. cit.*, lib. I, caps. XIV y XX.
[47] *Op. cit.*, lib. I, caps. XVI, XX y XXV.
[48] *Op. cit.*, lib. I, cap. XXXI.

cias, sino de lugares y ciudades particulares— acercándose así a la verdadera concepción indígena; pero sigue viendo el mundo prehispánico a través de sus patrones occidentales de cultura, pues relata guerras que ha habido como si fueran batallas campales del medioevo, con amonestación y reto previos, hombría de por medio, señores y reyes presuntuosos, etcétera.[49]

Cuando Torquemada hace comparaciones entre el gobierno de los indígenas y el de los gentiles, invariablemente sus opiniones se inclinan en favor de los primeros ya se trate de incas, aztecas o tetzcocanos:

> ... en cosas de buen gobierno excedieron no sólo a sus pasados, pero a muchos príncipes y monarcas del mundo, y así, no puede ser sino que fueron muchas y muy notables las ocupaciones que para el ejercicio espiritual ... estos reyes [los incas] ordenaron ...[50]

Los aztecas, gracias a su dios Huitzilopochtli que los sacó de su tierra original, llegaron a ser señores tan absolutos y poderosos y de tanta fama, como habían llegado a serlo los romanos en el mundo. Y los de Tetzcoco eran, para Torquemada, los romanos o atenienses de otros tiempos ya que entre ellos florecieron las buenas leyes y tuvieron mucha república. ¿Quién ha oído hablar o leído de rey tan astuto y prudente como Nezahualcóyotl o de Nezahualpilli, su hijo, rey tan poderoso y estimado en toda la tierra que el mismo Motecuhzoma se dignaba tomarle parecer?[51] A este último rey Torquemada dedica varios capítulos en los libros III y IV y se expresa de él con tanta admiración que apenas se atreve a decir en su desfavor que le parece cosa peregrina eso de hacer tributar piojos a los pobres o enfermos; pero, a fin de cuentas, Motecuhzoma fue para el cronista monarca excelentísimo, de mucha majestad y grandeza.

La actitud de los señores indígenas era de todo punto más laudable que la de los césares y augustos antiguos. Esto se pone de manifiesto, sin ir más, en la costumbre que los gentiles tuvieron de dar a los meses sus propios nombres nada más que por vanidad personal, al contrario de aquellos que llamaban a los meses por la obra benéfica de dar de comer al pueblo.[52]

Sería prolijo en demasía consignar todos los juicios que tuvo Torquemada sobre el gobierno indígena y los señores; para dar una idea más apropiada de lo que él consideró como excelente forma de gobernación, sólo resta decir alguna cosa acerca de las leyes mediante las cuales se regían.

[49] *Op. cit.*, lib. II, cap. V.
[50] *Op. cit.*, lib. IX, cap. II.
[51] *Op. cit.*, lib. II, cap. LIII; lib. VI, prólogo y cap. XXI; lib. XIII, cap. XV.
[52] *Op. cit.*, lib. X, cap. XIX.

Éstas estaban basadas en la razón y el derecho natural y en virtud de ello eran justas y sabias y de esa manera les permitieron vivir en paz y orden a pesar de no conocer al dios verdadero. Tanta era su justicia que no parecían leyes hechas por hombres infieles, por eso a veces excedían en rigor a la equidad y moderación; sin embargo, los señores poseían la sabiduría suficiente para aplicarlas de tal modo que no estorbaran el orden o acarrearan males mayores a causa de su poca flexibilidad; en esto obraron con suma prudencia e inclusive en la guerra sus leyes eran conforme a derecho pues "querían sujetar voluntades y no matar y quitar vidas, consideración, por cierto, digna de consideración y nota". Además la justicia estaba en manos de hombres capaces, dignos y tranquilos y tan insobornables que equitativamente hacían caer el peso de la ley sobre los señores y la gente del pueblo. Una de las excelencias de estas sus leyes, sólo por dar un ejemplo, era que en los juicios por homicidio no había dilación ni gastos de letrados y procuradores, como suele acontecer entre españoles.

Si esto dice Torquemada de los indígenas altamente civilizados, no menos alaba la gobernación de los más simples. Los isleños tenían buen gobierno y gobernantes virtuosos que consideraban un honor hacerse comunes con sus vasallos; y lo mismo o más acontecía con los naturales de la Vera Paz que, con ser del Demonio y estar en el pecado de la idolatría, tenían mejores jueces que los castellanos en su cristianismo, pues eran mesurados y obraban con gran serenidad.[53]

Se puede pues apreciar que Torquemada tenía por buenas las formas de gobierno de los indios y por sabios y justos a los señores. No deja de señalar que como estaban apartados de Dios, no siempre estuvieron limpios de tiranía, pero también dice que con todo lo errados que fueron en el conocimiento, no lo fueron en la intención de sus leyes.[54]

Vale la pena insistir una vez más, en que Torquemada no deja escapar ocasión para amonestar a los españoles cuando alguna buena costumbre indígena pone en evidencia la maldad de aquéllos. Esto sucede con frecuencia como se ha podido notar antes en otros aspectos y, para terminar, lo mejor será dejar que el propio Torquemada lo haga repitiendo sus palabras:

> Tenían éstos [los indios de la Vera Paz] otros ministros de justicia y oficiales que tenían cargo de llamar y citar personas como los alguaciles que prenden por mandamiento de los superiores y citan y llaman a los que

[53] *Op. cit.*, libs. XI y XII, *passim.*
[54] *Op. cit.*, lib. XII, cap. IX.

los supremos buscan; pero no habían de ser tan sin alma como algunos de los que agora hay en nuestras repúblicas. Que si aquéllos eran del Demonio por el pecado de la infidelidad e idolatría, en esto moral usaban de su autoridad con grandísima moderación y mesura; pero algunos de los nuestros (cuando no sean todos), siendo criaturas de Dios no sólo por la creación sino también por el bautismo, se hacen esclavos del Demonio por los insultos que con el oficio cometen en especial en estas Indias, contra estos pobres y desamparados indios; porque si va a decir verdades, ¿por ventura es cristiandad llevarles a la cárcel a manadas (y cuando no sea más de uno) con título de que está borracho aunque no lo esté, para echarle luego por cuatro o seis reales que paga?[55]

Basta todo lo resumido y este último juicio crítico de Torquemada para quedar convencidos de que su visión del mundo indígena fue tan justa cuanto firme fue su intención de persuadir a todos de las ventajas que tendría salvar al indio haciendo a un lado las desavenencias y errores que manchaban el mundo colonial.

[55] *Op. cit.*, lib. XI, cap. XX.